

los Cielos, y á esta luz su madre sois, no mía. Para mí ya no sois más que mujer, porque toda os quiero Madre para ellos.»

Viendo luego Jesús á su amado discípulo le dijo: «Juan, ves ahí á tu Madre María que hasta aquí lo fué mía y con afectos dolorosos y compasivos de verme padecer me está acompañando.» Al punto que Juan oyó las palabras de Jesús, en que le criaba hijo de tan Soberana Madre, la reconoció Señora de sus bienes (cuales se compadecían con el voto de pobreza que tenía celebrado en manos de Jesús), para servirla siempre con ellos como á tal.

Mientras Cristo así disponía esta cláusula de su Testamento, aconteció un milagro de su gracia. Porque Dimas, uno de los dos ladrones que á su lado pendían en sus cruces, viendo la paciencia con que Jesús toleraba sus oprobios y la tranquilidad con que obraba los oficios de piedad, pidiendo al Padre Eterno perdonase á sus acusadores y verdugos, y encomendando su Madre á su más querido discípulo, y este al amoroso abrigo de su Madre, bañado de luz divina, conoció que sin duda era el verdadero y natural Hijo de Dios, y oyendo la impiedad con que Gestas su compañero blasfemaba de él, le reprendió severamente diciéndole: «Ni tú temes á Dios, que estando en el mismo tormento que él, tienes ya tan corta vida y te falta tan poco para pasar á la Eterna en que darás estrecha cuenta á Dios de lo que has obrado en la tuya, y en especial de las irreligiosas contumelias en que perseveras diciendo contra este inocentísimo Señor; repara que nosotros en el suplicio de estas cruces padecemos dignamente lo que tienen merecido nuestros desafueros, insultos, robos y homicidios; mas este Señor, ocupado siempre en hacer bien, ¿cuándo ó en qué pecó para que le hayan tratado así?»

Y desatado el corazón en lágrimas ardientes, que brotaban á sus ojos los afectos vivos de caridad y sobrenatural penitencia de sus culpas, vuelto á Jesús el semblante vergonzoso y reverente, si bien animado de firme esperanza del perdón de sus delitos fundada solo en la generosa liberalidad con que veía que Jesús, pródigo de su vida y de su sangre la derramaba por los mismos que le habían fijado en el madero, le dijo: «Señor, ya os partís de este ingrato mundo, que tan indignamente os ha tratado, y será sin duda para ir á vuestro Reino á coronaros de Gloria; una cosa sola os suplico y es, que cuando os veais en vuestra Monarquía os acordéis de mí.» En premio de aquella confesion de su Divino Sér, le respondió Jesús: «Seguro puedes estar de lo que pides, pues te empeño mi palabra que no se pasará el día de hoy sin que estés á mi lado en el Paraíso, siendo bienaventurado en mi compañía, porque verás claramente mi Divinidad que pendiente mi cuerpo en esta Cruz adoras.» Así legó Jesús el Reino Celestial á los pecadores penitentes en cabeza del ladrón, para que nadie tenga disculpa de no entrar en posesion de los Estados de la Gloria.

Dentro de breve espacio encomendó su espíritu y alma al Padre Eterno, no porque corriese peligro despues que se desatase

de los lazos de la carne, pues siempre habia de estar unida á la Divinidad, sino para instruir á sus fieles en el arte de morir que es la mayor sabiduría. Ni el encomendar su Espíritu á su Padre fué deprecacion de que se le librase del leon como en nosotros acontece, porque Jesús no tenía causa de temerle. Fué pues solo, depositarle en el pecho de su Padre, donde como bueno y fiel Hijo le habían siempre tenido, mostrando que el hombre cuando muere, allí deposita el alma hasta la resurreccion donde antes la colocó.

No encomendó su sacrosanto cuerpo á la tierra, porque no habia de entrar en sus senos sujeto á la corrupcion que en ellos experimentan los mortales. Sabia que tenía dicho en su persona David, que no consentiria Dios que su santo viese el semblante feo á la putrefaccion. Tampoco ordenó legado alguno de bienes temporales, porque aun los vestidos le habían sorteado por suyos los soldados. Desnudo en carnes murió el Patriarca de la perfeccion, así enseñó que deben espirar los pobres evangélicos, levantados con el afecto de la tierra, colocado el espíritu en solo Dios y tan despojados de preciosas alhajas y arreos temporales como entraron por el nacimiento en este mundo.

CAPÍTULO XLI

ORACION VOCAL Y MENTAL DE JESÚS



TERMINÓ Jesús su testamento habiendo repartido en esta forma sus bienes; y para componerse á morir acordó entrar en sosegada oracion, y así mandó á los orbes celestiales causasen densas tinieblas en el mundo, para que aprisionados con ellas los verdugos no le turbasen su quietud. Habiendo pues, estado en el madero desde poco antes de medio día, que fué cuando le crucificaron, pasado algun espacio en que acontecieron algunos de los sucesos referidos, de repente ocuparon el mundo todo enlutadas sombras, interponiéndose aceleradamente la Luna entre el Sol y la tierra, y causando prodigioso eclipse en todas las regiones y provincias, cuando conforme el orden de la naturaleza era imposible por ser entónces plenilunio y estar la Luna distantísima del Sol.

Estas tres horas que comenzaron poco despues de la sesta de los Judíos y las doce de nuestros relojes, convertido el mundo en oscuro oratorio, cerradas las ventanas estuvo Jesús en misterioso silencio sin pronunciar en alta voz palabra alguna. Y gozando de aquel sosiego se puso en altísima oracion, acompañada de lágrimas y ruegos á su Padre, representándole con dolorosos gemidos los cruelísimos tormentos que estaba padeciendo en aquel horroso suplicio, en orden á que aceptase el holocausto

que con tan pronta obediencia le hacía de su cuerpo tan rigurosamente desgarrado, y mucho más de su alma donde las tempestades de congojas habían crecido hasta anegarla en piélagos de tribulaciones y amargas perdonando á los hombres, pues por sus delitos se ofrecia en sacrificio rigoroso como aquel. Suplicóle tambien por el firme y dichoso estado de su Iglesia que fundaba allí sobre su sangre, y cuando pidió en aquel espacio se lo concedió su Padre, atendiendo á la reverencia y sagrado decoro que se debia á su persona, pues aunque segun la humanidad estaba padeciendo mortales ánsias como malhechor en la Cruz, segun la divinidad era perfectamente igual á él.

Así afecto el Espíritu de Jesús levantando los ojos á sus Padre, á fin de moverle á lastima de sus tormentos y de que le socorriese se puso le entonó con pecho ronco entre gemidos cordiales, el salmo veinte y uno de David que tantos siglos antes habia cantado á Dios el profeta Rey, vestido de la persona de Jesús fijado en el madero. Dijo pues, bañado en lágrimas el Redentor:

«Dios, Dios mio, que no se me levanta el corazon á llamarte mi Padre, aunque lo eres, cuando en mí te esperimento tan Dios y tan Juez. Pero así conviene para que la satisfaccion del mundo que celebro no parezca hecha á mi Padre, que con el amor me supla algo de la paga, sino á un Juez tan severo y exacto cual es Dios. ¡Oh, cómo se echa de ver que cobras de mí como de extraño, pues en dolores tan acerbos me han desamparado tus alivios para que enteramente satisfaga lo que debo como fiador del hombre. ¿Por qué tan rigurosos desvíos, con quien voluntariamente se puso en esta mesa de la Cruz á pagarte con el valor de su sangre lo que te debe el mundo? Pero ya veo que no me han de aprovechar para disminucion de mis penas las súplicas que te hiciera, pues en fin estoy obligado á pagar á la Divina Justicia los delitos de Adán y su prosapia que hice míos.

«Bien conozco el estado en que me puse por el hombre, pues habiéndole fiado llanamente y constituídomelo su Redentor, siendo tan facineroso delincuente, debo ajustar su deuda por más que mi humanidad inocente atormentada dé voces con la vehemencia del dolor, los dias y las noches, sin que me hayas de escuchar mis gemidos para aliviarme los tormentos. Pero constándote ¡oh Señor! que no padezco por insultos ó errores propios míos, sino por ignorancias ajenas, cuyos castigos cargué sobre mi espalda, pudiera mezclarse con lo severo de la Justicia, la piedad. ¿Por qué pues tan sin treguas, ni consuelo es el rigor?

»Y como si yo no te tocara, ni fuera Hijo tuyo, ni te dolieran mis tormentos, te veo en suma tranquilidad y sosiego en tu soberano alcázar de los Cielos gozándote en tí mismo con fruiciones y gozos inefables, y lo que más es unido á esta mi humanidad en mi persona que es tu Verbo; estando tan cerca tu Divinidad de los golpes no parece que los sientes, ni aun oyes el estruendo de los martillos y los látigos. Tan inmóvil estás y tan sereno viendo mi padecer; ¿cómo tienes entrañas para esto tú,

Señor, á quien los hijos de Israel alaban con himnos cordiales, porque jamás los viste en tribulacion que no los consolaste?

»Porque conociendo lo tierno y dulce de tu corazon siempre de Padre, cuando sus enemigos les infestaban sus tierras ó los tenían cautivos en duros calabozos, aunque sabian que aquellos eran castigos de sus culpas y de su desleal ingratitud para castigo sin embargo pusieron en tí su esperanza nuestros padres; y tú, desenojado á las voces de sus sollozos y sus lágrimas, no lento ni tardío, sino veloz á sus clamores, los libraste de la afliccion que padecian, haciendo á este fin portentos memorables.

»Y aunque despues de tan liberal misericordia cuando con el agradecimiento debieran quedar más rendidos á tus santas leyes, protervos las quebrantaban, y por esta rebelde ingratitud les enviabas de nuevo castigos y verdugos, estaban ellos tan seguros de la benignidad de tus entrañas y de los empeños de tu amor, que de nuevo ponian en tí sus esperanzas, clamaban á tu misericordia y nunca quedaron avergonzados ni confusos.

»Considera ahora, Dios Eterno, lo que va de aquel estado en que se vieron nuestros padres, al que tengo en esta Cruz; maltratados gimieron de sus enemigos, pero siempre conservaron la forma de hombres y república, teniendo Magistrados aun en los mismos cautiverios, pero yo en esta Cruz ya no parezco hombre, sino vilísimo gusano levantado en una vara, para que todos le vean y hagan ascos de él, y así solo he quedado entre los hombres para blanco de sus oprobios y contumelias y abyeccion infame de la plebe.

»Y tratándome como á tal, indigno del apellido y consorcio de los hombres, cuantos me han visto en esta Cruz, desenfrenando los lábios en blasfemias me han despreciado y hecho injurias insolentes, y pareciéndoles corta armonía la de sus lenguas aunque de ponzoñosas serpientes y víboras, tambien con el movimiento de la cabeza me han afrentado, significando de la manera que han podido el vil y bajo concepto en que me tienen.

»Pera aunque verme en estado tan doloroso y lamentable es suficiente motivo á tu piedad para asistirme la materia principal de las blasfemias con que me vituperan, más inmediatas son contra tu majestad, porque viéndome tan desamparado de tí se burlan de la confianza que siempre puse en tu favor. Pues esperaron en Dios, me dicen, veamos si le libra del suplicio, y pues tanto blasona que le queria Dios como á Hijo suyo, libréle á nuestros ojos del tormento. Y estos convicios, bien entiendes, Señor, que te ofenden más que á mí; pues no amparándome se persuadirán los Judíos que sabes burlar las esperanzas de quien se arrojó enteramente en tus brazos.

»Y bien alcanzas que no yerran mis enemigos en decir que eres mi única y dulcísima esperanza, pues comenzaste á serlo desde aquel milagroso instante cuando por modos inefables me sacaste del vientre de mi Madre como principal autor de mi vivir en cuanto hombre, y desde entonces aun cuando pendiente de los pechos de María, pareció que confiaba en ella pues le mataba la vida. Tú fuiste mi esperanza desde aquel punto de mi

sér, y cuando nací de sus entrañas me hallé en la seguridad y abrigo de tus manos, entregado á ellas, tan sin recurso á los cariños de mi Madre como los niños, que en saliendo del vientre sin conocer á las suyas ni experimentar el dulce halago de sus pechos, los esponen á la ajena conmiseración.

»Cierro: los títulos que pueda presentarte para que la uses conmigo, son decirte, que desde el vientre de mi Madre eres mi Dios, pues en este nombre se descubre el motivo más alto que puede haber para que me socorras, porque los amores y caricias de las madres con sus infantes cuando los ven salir de sus entrañas, son cortas imitaciones y remedos del que tú, Dios, tienes á tus criaturas en quienes como primera causa influyes el ser más intimamente que sus padres. Habiéndote pues considerado yo desde aquel punto, Dios mio, y como tal puesto mis esperanzas, no te apartes de mí para que yo no quede confuso á vista de mis enemigos.

»Levántate pues, ¡oh mi Dios! de ese tranquilo sosiego en que te miro; siento yo que te dan cuidado mis fatigas y te armas para defenderme, porque ya la tribulación dolorosa del morir en que se suman todos los tormentos está cerca. Ya me tiene sitiado en esta Cruz con los fieros escuadrones de sus congojas y desmayos, y no hay quien pueda socorrerme, porque mi Madre que lo desea, no tiene permiso para ello, así porque los soldados y Ministros de justicia la detienen, como principalmente porque tú no le das ese lugar para que mi padecer sea más severo.

»Y como ven por suyo el campo los Judíos y la coyuntura de saciar sus mortales rencores contra mí, convertidos en toros ferocísimos de los que en pingües pastos engruesan en las dehesas de Basan, me han cercado por todas partes, hiriéndome y despedazándome con lo agudo de sus armas. Tales son los Pontífices, tales los Escribas y Doctores, tales los Fariseos, y por sugerencias suyas, los soldados y verdugos que tan impíos me han fijado en esta Cruz.

»Y no contentos con la fiera de los toros criados en lo áspero y fragoso de los riscos se han transformado en leones bravos que se arrojan con ímpetu mayor á la venganza, porque han aprendido los Príncipes de este pueblo que no morir yo á violencias de la crueldad y de la ignominia es quedar ellos desairados y corridos y ultrajada su autoridad, y con este ardimiento picados de la envidia y pundonor han abierto ferozmente sus gargantas para deshacerme, y empleando sus garras en desmenuzarme la vida y la reputación á vista de todas las naciones.

»Con la vehemencia de dolores tan intensos he llegado á resolverme en humor líquido; porque faltándome la sangre toda de las más ocultas venas, ha quedado mi cuerpo sin vigor como si le hubieran fabricado de agua sola, y así mis huesos no han podido permanecer en sus encajes, y desencajados con dolor intolerable de sus sitios, se hallan en mi cuerpo como esparcidos sin arte y sin firmeza.

»El corazón que como fuente de la vida y de los espíritus sue-

le perseverar constante en los trabajos, para repartir vigor á los miembros menos robustos y valientes con el exceso de las penas que le han acometido, se rindió y se ha pasado á tan débil como la cera derretida que solo sabe correr hácia la tierra; de esta forma le siento en mis entrañas, no ya para fortalecer como antes los miembros que padecen, sino para influirles deliquios y desmayos.

»La virtud y jugo natural con que el humano cuerpo se sustenta en mí con la fuerza de la tribulación (cruel y ardiente llama), se secó de la manera que á los rigores del sol suele tostarse el barro. La lengua ya no podrá servirme, porque enjuta de todo punto de la vital humedad, se me ha pegado al paladar y á la garganta, siendo maravilla que pueda formar estas razones. En fin, la suma de mis dolores es que tú, siendo mi Dios y autor primero de mi vida, me has traído á estado donde no hay más que morir.

»Y aunque los tormentos que me afligen son tan severos y crueles, si miro la mano que los ejecuta en mí, crece su gravedad. Porque siendo este mi cuerpo tan vírgen y tan puro lo he visto acometido y maltratado de perros, hombres digo, insolentes, que sin respeto ni decoro han atormentado y desgarrado esta inocente humanidad. Y si de los verdugos paso á los Magistrados y Pontífices, conjurados los veo en sus Concilios contra la santidad de mis costumbres que acreditaron tantas maravillas, armándose porfiadamente contra la luz que no pudieron dejar de conocer. ¡Sinagoga infeliz y desdichada, en fin, de hombres que á rebeldía de sus conciencias, por ódio y tema me acusaron hasta ponerme en esta Cruz!

»Donde como á público salteador ó reo de afectada majestad, con fuertes y agudos clavos me fijaron las manos y los pies, rompiéndome tan delicadas y sensibles partes con impía crueldad, lastimándome los hombros con tanta violencia que descuadrado el cuerpo y sacados mis huesos de sus asientos naturales me los pueden contar uno á uno: tan distintos los puso á sus ojos el tormento.

»Pero el puñal que más vivamente me atraviesa el alma y rasga el corazón es verme así desnudo á la vista de tan varia multitud que sedienta de mirarme no quita los ojos de mi cuerpo registrando su artificio y hermosura. ¡Oh qué sensible dolor á un recato vírgen! Pero los verdugos despues de haberme despojado de mis ropas las dividieron entre sí como bienes de malhechor ajusticiado, y sobre mi túnica inconsútil echaron suertes para ver quién la habia de llevar.

»Siendo pues tan rigurosas las fatigas de que me ves maltratado en esta Cruz; ¡oh Dios mio! no dilates socorrerme. Envíame poderoso escuadron de tus consuelos que sean alivio de mis penas. Ponte en cuidado de defenderme, y entiende en esto como en obra digna de tu piedad.

»Libra á esta mi alma de los rigores de la muerte que como afilado puñal suele dividir violenta en los demás hombres las almas de sus cuerpos. No así, Dios mio, acontezca a este mi al-

ma, antes siendo tan única y singular en tolo, séalo tambien en dividirse decorosamente de su cuerpo no sacada de él por fuerza como los que mueren á cuchillo, ni como los que dejan la vida en las garras del león ó de otra fiera. Apártese enhorabuena pues lo dispones así, mi alma de este cuerpo, mas sea por mi voluntad y cuando eligiere yo, para que conozca el mundo que no la precisa necesidad, á quien no acompañan honores ni alabanzas, sino mi espontánea obediencia á tus decretos me dividió el alma de las carnes.

»Singularmente te suplico, Dios mio, me defiendas de la boca de los leones coronados de los Pontífices, digo, y Reyes de la tierra que con mayor audacia han acometido á desgarrarme tanto la honra como la vida, introduciendo para quitármela infames deposiciones contra mí. Ellos armados con su potestad como unicornios feroces y soberbios me tienen tan herido, porque yo no me he valido de otra defensa más que la de mi humildad y sufrimiento. Pero este suele ser arnés impenetrable, porque tú amparas siempre solícito y oportuno á los humildes.

»Y hago instancia, mi Dios, en que me libres de la ignominia y afrenta del morir, ya declarándome Hijo tuyo en esta Cruz, ya resucitándome en gloria para que como ministro de ella pueda predicar tu nombre á mis hermanos, á mis Apóstoles, luego que resucite del sepulcro, y á los hombres todos despues, porque los unos y los otros habiéndome vestido de esta carne, son hermanos míos y será mi mayor honra cantar tus alabanzas en concursos de Iglesia numerosa, ya de mis discípulos por mi persona, ya de las naciones y provincias del mundo por las de mis Apóstoles.

»Será pues, el asunto general de mis sermones y los suyos, que á ejemplo de lo que á mí me ha sucedido, los que con amor filial te temen ¡oh Dios mio! con afectos de cordiales gratitudes te canten himnos de alabanza, y principalmente los hijos de Israel, pues de su estirpe ha nacido el Redentor del linaje humano que soy yo.

»Tema á tu Soberana Majestad con reverente y amoroso corazón toda la prosapia de Israel, porque no ha despreciado ni hecho poco caudal de mis súplicas, siendo yo el más desvalido y pobre de la tierra, inclinándose á favorecerme por atender su piedad á mi miseria.

»Ni apartó su rostro benévolo de mí, antes me oyó con benigno semblante los clamores que daba á su misericordia; bien es que mi humanidad acojida de la fiera horrible de las penas que sin cesar padecía, deseó que la librase Dios de su terribilidad, escusándola de morir crucificada; mas su amorosa Providencia dispuso que muriese en ella para que lograse más aventajadas coronas en mi Resurrección. Agradecido pues, reconozco que aunque no me escusó de la Cruz, me oyó mis súplicas con más provecho mio.

«Pues de este admirable consejo tuyo manará que mi persona tenga singulares alabanzas en tus palacios, siendo su más honrosa ejecutoria que se me canten loores á tus ojos y en presen-

cia de tu soberana majestad, no ya en la Sinagoga, que si bien era Iglesia tuya fué pequeña, sino en la Iglesia grande; que hoy difunta la Sinagoga brotará gallarda de mi pecho para ocupar con sus alas los términos dilatados de la tierra, y así podré ya cumplir los votos y deseos que me trajeron al mundo en la presencia y para la utilidad de los que temen á Dios.

«Cuando bajé de los Cielos á la tierra fué mi intento hacer un agradable sacrificio de mi cuerpo y sangre, primero en esta Cruz para satisfaccion de la Divina Justicia y rescate de los hombres, y luego en la mesa y aras del altar donde los pobres de espíritu, imitadores de mi humildad, comiesen mi cuerpo y bebiesen mi sangre para ser dioses en el mundo. Este deseo se me ha logrado ya, pues los que buscan á Dios me comerán para ser una cosa misma conmigo, y convertidos en mí le alabarán, y sus corazones con este alimento Soberano vivirán por toda la eternidad.

«Llegarán á conocer los términos todos de la tierra esta felicidad de los pobres y humildes mis discípulos y los que le siguieron en Jerusalem, y revolviendo en sus entendimientos y memorias que los que parecen el deshecho de la tierra se levantan con los tesoros y delicias de los Cielos, se convertirán á Dios, haciéndose discípulos de los que antes despreciaban por entrar con ellos á la parte de su felicidad.

«Dilatándose pues por el mundo la noticia de esta grande dicha las naciones todas de la gentilidad, menospreciando sus idolos y teniéndolos como lo son por demonios, con culto de verdadera y espiritual adoracion se humillarán á tus altares ofreciéndote en ellos religiosas víctimas y sacrificios, frutos del que hoy celebro en mi Pasion.

«Reconoceráse entónces con tales esperiencias que solo Dios es el Monarca de este mundo y el único Señor de todas sus regiones, pues como á tal en todas ellas se le rinde el vasallaje de adoraciones y holocaustos; quedando su señorío firme para todas las edades, pues Dios no es ménos Señor del tiempo que del mundo.

«Siendo pues tan general la dicha de los hombres, ya no solamente los pobres Evangélicos que en el mundo son reputados por las heces de él, sino también los poderosos y los grandes, los Príncipes y Reyes se sentarán con los humildes á la mesa donde se pone por manjar mi cuerpo y por bebida mi sangre, y habiendo comido y bebido adorarán lo que comieron, ciertos de que gustaron Sacramentada mi Divinidad, y con la dulzura de tan divinos alimentos se postrarán con nuevo título ante Dios todos los mortales con visos y semblantes ya de Dioses.

«Y en siglo tan dichoso está mi ánima que ahora teme tanto los rigores de la muerte; despues de mi resurrección gloriosa ya en los Cielos, vivirá por las eternidades para Dios engolfada toda en piélagos de gozos soberanos, contemplando con altísima luz las providencias de Dios para conmigo, y á mi imitacion mi espiritual linaje que con mi sangre ejendró en Divino Sér en

esta Cruz, mientras ocupare los espacios de la tierra, le servirá con ánimo enteramente consagrado á su servicio.

«Y por derecho tan sublime la mística generacion que nacerá en el mundo de este tálamo genial de mi Cruz, se contará por estirpe y prosapia de Dios, y para ser conocida tomará su nombre, llamándose gente santa, gente de Dios y Celestial y para mayor notoriedad cristiana, y á esto manifestarán los Cielos sus secretos admirables corriendo la cortina á las hermosuras del Divino Sér y al conocimiento de las virtudes que conducen á la Evangélica perfeccion y Santidad, como á pueblo, en fin, que con especial amor engendró Dios en sus entrañas.

Habiendo Jesús recitado vocalmente este salmo, se recogió todo en sí mismo, y puesto de nuevo en altísima oracion mental elevó su espíritu á comprender la gloria que resultaba á la Divinidad de su Pasion, y así con acto heroico de ardiente caridad abrazó con mayor aliento sus dolores, sus tormentos y su Cruz. Pasó luego á tratar con su Padre el negocio de la predestinacion de sus escogidos, legándoles con eficacia en virtud de su sangre los reinos de su Gloria.

CAPITULO XLII

MUERTE DE JESÚS



DRÓXIMA la hora de nona, que segun nuestros relojes son las tres de la tarde, interrumpió Jesús el profundo silencio con que habia estado en oracion, y dando una grande voz á su Padre, le interpeló diciendo: «¡Dios, Dios mio! ¿por qué me has desamparado?» Ya habia Jesús dicho esto á su Padre cuando recitó el salmo de David, pero sin embargo dió esta voz para que todos entendiesen el íntimo dolor que padecia sin experimentar los consuelos de la divinidad, instruyendo á los espirituales en la suma altísima de la paciencia, que es sufrir los desvios y desamparos de Dios. Por lo cual exhortaba David al varon perfecto que alentase y fortaleciese su corazon para sufrir á Dios, porque á la verdad no hay á quien sufrir en todo el Universo sino á Dios; pues cuando con su benigno poder asiste á un alma, la preside de manera que no halla á quien temer ni tiene que sentir: solo Dios retirado y escondido es materia de sentimiento y de dolor.

Jesús experimentando en esta forma ausente de su espíritu á su Padre, le declamó diciendo en lengua siríaca de que usaban vulgarmente los Judíos: «Heli, Heli.» Que quiere decir en nuestro castellano: «Dios mio, Dios mio.» Oyeron esto los soldados Gentiles que estaban en custodia de Jesús, y como no entendian la lengua concibieron que llamaba á Elías para que le favorecie-

se. Porque era opinion corriente entre los Judíos de quienes pudieron haberlo aprendido los Romanos, que Elías habia de ser el ministro más confidente de Jesús y asistirle en sus trabajos, y aun este quiso experimentar el Señor de ver mal entendidas sus palabras.

Desvaneciéronse entonces las tinieblas y resituyóse el mundo á su antigua luz para que viesen los hombres espirar á su Redentor y decorasen la leccion más importante que es morir para pasar á la Gloria. Sabiendo pues Jesús, que la obra de la redencion que le habia traído de los Cielos á la tierra estaba consumada y que le faltaba solamente dar perfeccion y cumplimiento á una profecía, dijo: «Sed padezco.» Tenfala en la realidad, porque estando ya tan desangrado por lo mucho que habia padecido era forzoso la sintiese, pero no la hubiera manifestado Jesús si no atendiera á que no le faltase nada por cumplir de lo que acerca de su persona habian escrito los Profetas.

Estaba allí cerca un vaso lleno de vinagre, y los Judíos llevando hasta las últimas rayas su impiedad, en lugar de dar agua á Jesús que le aliviase en parte sus dolores ó vino que le confortase, cogieron una esponja y la embebieron en el vinagre, y puesta en la punta de una caña que habian enramado con cogollos de hisopos, yerba amarga, se la aplicaron á los lábios diciéndose unos á otros por donaire: «Aguardad á ver si viene Elías á librarle de la Cruz.» Esta fué otra clase de tormento donde la lengua del Redentor y su honra padecian aflicciones, dolores y oprobios, tratándole aquellos ímpios como á facineroso burlador, cuyas esperanzas y promesas todas habian sido fábricas de su dormida imaginacion, despierta sola para soñarse ambiciones de divinidad y obsequios de profetas. Habiendo pues, gustado Jesús el vinagre y bebido alguna cantidad dijo: «Ya está todo cumplido y consumado.» Admirable disposicion para morir, no dejar nada por hacer.

Sosegado estuvo Jesús espacio breve de tiempo, y cuando le pareció serlo ya de morir, dando una sonora, alta y vigorosa voz, dijo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.» Y dicho esto, inclinada decorosamente la cabeza espiró. Murió realmente Jesús segun la humanidad, apartándose el alma de su cuerpo; division en que consiste la muerte de los hombres. Quedó en la Cruz el cuerpo sacrosanto, aunque separado de su alma (y por esta causa difunto), unido á la persona del Verbo de la misma suerte que cuando vino, y por esta razon pudo quedar derecho, firme y en forma de triunfador valiente como le profetizaron los Profetas y despues lo reveló Pablo á las Iglesias diciendo que Jesús en el madero por la virtud de su muerte triunfó de los principados y potestades del Infierno, y quien así venia y triunfaba difunto no pudo estar con los descaecimientos y feos ademanes con que le pintan los que solo consideran que murió y no reparan que quedó en la Cruz la persona del Verbo, eternamente viva, sustentando en sí aquel sagrado cuerpo muerto en la postura de majestad y valor decente á las victorias y trofeos que en lo invisible obraba entonces, cual lo representan las sagradas y milagrosas imágenes del crucifijo de Búrgos.

CAPITULO XLIII

PRODIGIOS QUE ACONTECIERON DESPUES DE LA MUERTE DE JESÚS



CLUTADO estuvo todo el Orbe casi tres horas lamentando la Pasión acerba de su Criador, y al tiempo que había de espirar cobró el Sol su claridad; y fué la congruencia que desde el momento en que murió Jesús amaneció á los hombres nuevo mundo en cuanto al estado de la Iglesia, Leyes y Sacramentos, en orden á conseguir la eterna felicidad. Porque juntamente con Jesús espiró la Sinagoga, antigua Iglesia suya, ya condenada á sepultura infame por ingrata y sacrilega contra su propio Dios, de cuya mano tan singulares favores había recibido, pues tuvo atrevimiento no solo de negarle sino de ponerle entre facinerosos en el madero de la Cruz, y con la Sinagoga murieron los Sacramentos, ritos y ceremonias que Dios había dado al pueblo Judáico por mano de Moisés.

Y si se mira la Provincia y Reino de Judea y la Ciudad de Jerusalem con su Templo á esta luz, ambas murieron entonces. Porque Dios las escogió entre todas las naciones y ciudades para teatro de su predicación y vida milagrosa consagrándolas con su presencia corporal, con sus pasos y costumbres admirables y haciéndolas un Sagrario dilatado en que el verdadero Mesías, Cristo, Jesús celebrase los misterios de nuestra redención; y así en el momento que los consumió espirando, murió también aquella Judea, aquella Jerusalem y aquel Templo, perdiendo la consagración por su incredulidad, pues debiendo ser nación escogida y privilegiada entre las demás por su Mesías, la degradó él y exerció como sacrilega, y convirtió su Imperio hacia la gentilidad, fundando en ella su Iglesia y otra nueva nación de hijos de Abraham y de Judíos, no según la carne sino conforme el espíritu, reengendrados por la fé en el verdadero Mesías que los antiguos Patriarcas esperaron.

En testimonio de que moría aquella Judea ya nefanda, tembló todo con espantoso horror hasta rajarse los peñascos y partirse con la confusión y movimiento lo más seguro de los montes. El velo del Templo que retiraba de los ojos mortales el Sancta Sanctorum, que era el lugar más sagrado de aquella incomparable fábrica, se rasgó por sí mismo de alto á bajo, mostrando así que ya era ocioso, pues se habían desvanecido los Misterios y Sacramentos que guardaba, y convirtióse en profanos y sacrilegos á que no se debía culto ni decoro.

Abriéronse las sepulturas de los Profetas en los suburbios de Jerusalem; quedando así patentes hasta la Resurrección de Jesús, en prueba de que sus cráculos en aquel momento cesaban de ser profecías, pues habían llegado á su perfección y cumplimiento á la manera que las sombras, en abriendo el sol, se desaparecen. Muchos cuerpos de los antiguos Patriarcas, Justos y Profetas, sepultados en varios lugares de la Judea, resucitaron en compañía del mismo Jesús, en la gloriosa alborada de su Resurrección, como despidiéndose de aquella tierra infeliz patria suya; y viniendo á Jerusalem se aparecieron á muchos, certificándoles de la Divinidad del que habían los Judíos puesto en la Cruz. Solamente en el cielo raso se vieron limpios resplandores, porque se desposaba entonces con Jesús la Iglesia, que él mismo había redimido y engendrado con su sangre, la cual había de llenar de celestiales luces todo el orbe para que no errase en el camino de la gloria.

Estaba con grande atención en frente de Jesús Longinos, centurion romano, con su escuadra de soldados, guardando el cuerpo del Señor conforme la orden que tenía del Presidente Pilato; y viendo los prodigios que en todos los elementos habían acontecido en la muerte de Jesús, y principalmente reparando en la robusta voz que dió al tiempo de espirar, cuando por estar tan exhausto con el rigor de los tormentos y tan sin sangre sus venas, no se juzgaba tendría aliento para quejarse, sino en tono más débil y sumiso, dijo en presencia de todos: «Verdaderamente este Hombre era Justo; sin duda que era Hijo de Dios.» Siendo un Gentil y Romano el primero que despues de la muerte de Jesús predicó su Divinidad, como tomando por la gentilidad y Roma la posesión de esta fé.

Los soldados que estaban con Longinos, asombrados del espantoso terremoto y las otras maravillas, concibieron gran temor, y siguiendo el ejemplo de su capitán, públicamente clamaron: «Verdaderamente este era Hijo de Dios;» formándose en el Calvario, de Longinos y de su compañía, una Iglesia romana, cuyo timbre principal es la confesión que hizo Pedro de ser Jesús Hijo de Dios. Y toda la muchedumbre de gente que se halló al lamentable espectáculo de la muerte del Señor, viendo novedades tan espantosas, comenzaron á darse rícos golpes en los pechos, y compungidos y llorosos se volvieron á sus casas.

Solo perseveraban asistiendo á Jesús, ya difunto, con tristísimos clamores las piadosas matronas que en vida le acompañaron en su predicación, teniendo entre todas el primer lugar María, Madre de Jesús á quien asistían las demás; cosa digna de ponderación, que solas las mujeres hubiesen perseverado enfrente de Jesús puesto en el Madero como testigos oculares de los Misterios que en aquella ocasión se obraron en el teatro de aquel Monte, prefiriéndolas en tan alto ministerio á los Apóstoles, la animosa y ardiente caridad con que sentían sus penas y lamentaban su muerte.

Pero los Judíos, considerando lo sagrado de aquel día, que

era el primero de la Pascua de los Acimos, y que dentro de breve espacio habia de comenzar á amanecer el día legal del sábado (que siendo siempre día festivo, entonces era mayor su solemnidad por caer en él la Pascua; á la manera que cuando entre nosotros los cristianos, cae en Domingo la Pascua de Navidad, ó la de Reyes, entonces es más festivo este día), y poniendo en consideracion que el viernes, en que se hallaban, era el día en que se habia de prevenir lo necesario, así para la celebracion como para el sustento del sábado, y convenia desembarazarse de la solicitud de guardar los cuerpos de los que estaban en las cruces, suplicaron con instancia al Presidente mandase cortarles las piernas, para que con el intolerable dolor muriesen luego y pudiesen quitarlos del suplicio.

Pudieron proponer en el memorial otras razones más urgentes, pues eran testigos de los portentos que habian acontecido en la muerte de Jesús y estaban publicando su Divinidad; pero como estas informaciones paraban en crédito de quien tan de corazon aborrecian, las pasaron en silencio, y solo introdujeron los motivos que pudiesen serle de oprobio y contumelia; porque suplicar al Presidente que por la solemnidad de la Pascua y del sábado, que dentro de breve tiempo comenzaba, espidiese decreto para que se quitasen de las cruces los cuerpos de Jesús y los ladrones, era dar á entender que su vista sola contaminaba la tierra y profanaba su solemnidad como la de los dos facinerosos.

Concediólo fácilmente Pilato, y con rúbrica suya volvieron al Calvario los Judíos. Mandólo poner por obra el Centurion, y los soldados cortaron las piernas á los ladrones que aun estaban vivos, y con aquel tormento espiraron. Pero llegando á Jesús para ejecutar en su persona aquel rigor, viéndole ya difunto, se abstuvieron; mas en lugar del impío golpe, uno de los soldados de Longinos, con deseo de experimentar si verdaderamente estaba muerto, con una lanza le abrió por un costado el pecho, y al punto salieron de la herida sangre y agua, tan distintas, que pudieron advertirlo muchos y admirarse del portentoso. Juan, que lo vió por sus ojos, lo dejó escrito y autorizado con su nombre en su Evangelio, brotando en aquellos sacrosantos símbolos de sangre y agua, los Divinos Sacramentos de que consta la sustancia y vida de la Iglesia.

No careció de misterio no quebrantar las piernas á Jesús como á los ladrones, porque eso aconteció para que se cumpliese la Escritura que dijo: «No quebrantareis hueso ninguno del Cordero;» que si bien esta ley la pronunció Dios á la letra por el cordero material que los hijos de Israel habian de sacrificar la noche que salieron de la esclavitud de Egipto, con todo eso miró principalmente el legislador á Cristo, que en semejante Pascua y día habia de ser sacrificado en la Cruz por la libertad del mundo, y convenia que en aquel sagrado Cuerpo perseverasen enteros y sin disminucion los huesos, que son la fortaleza de la humana fábrica, para que se viese que la valentia de la Divinidad impasible y la parte superior del alma de Jesús habian quedado en su constancia y entereza.